

LA GESTIÓN DEL RIESGO: UNA APROXIMACIÓN ALTERNATIVA

Gustavo Wilches-Chaux

“El enfoque está en la pregunta. La información en la respuesta”

Hawkins Electrical Guide – Volumen Uno (1917)

1. Cómo piensa y cómo opera la Vida

La semana pasada murió mi amiga Ana Sancho en un accidente de tránsito cerca a Riobamba, en el Ecuador. Era la directora de un proyecto de Alerta Temprana de la Secretaría de Gestión del Riesgo de su país; se había dedicado -con éxito- a revivir proyectos desahuciados. Su cargo anterior había sido de directora de un proyecto para controlar especies invasoras en las islas Galápagos. La vi por penúltima vez en Latacunga, una ciudad situada (al igual que una gran parte de Quito) en la *zona de amenaza* del volcán Cotopaxi.

Ana era bióloga y estuvimos hablando de la importancia para quienes se dedican a la gestión del riesgo, de tener muy claros conceptos como *adaptación* y *resiliencia*. De la necesidad y de la utilidad de entender desde esa óptica los mal llamados “desastres naturales”, y de enfocar nuestro trabajo hacia el fortalecimiento de la capacidad de resiliencia de los territorios, concebidos a su vez como el producto de la confluencia de sistemas naturales con sistemas sociales.

Comentamos también que, paradójicamente, muchos desastres relacionados o no con el cambio climático, son el resultado de la incapacidad de nuestra especie para adaptarse los efectos que surgen cuando entra en acción la resiliencia de la Tierra.

Y entra en acción, precisamente, para buscar nuevos *equilibrios dinámicos*, en respuesta a las alteraciones producidas por los seres humanos. Desde ese punto de vista, a lo mejor, no sería tan erróneo hablar de “desastres naturales” para referirse a los resultados de esos procesos de *coevolución*¹, para nosotros traumáticos.

Nuestra conversación con Ana Sancho era sobre gestión del riesgo, pero esencialmente versaba sobre **la manera como piensa y como opera la Vida**. Estábamos hablando sobre la Tierra y sobre el significado y la función de los seres

¹ La coevolución es un concepto post-darwiniano de acuerdo con el cual los seres vivos nos adaptamos a los cambios del entorno, y en ese proceso de adaptación transformamos el ambiente, el cual a su vez se transforma como consecuencia de los cambios que nosotros experimentamos o causamos.

humanos en la Tierra. Lo cual quiere decir que estábamos hablando también del Sol, y en general del Cosmos y de su evolución, que por estos rincones de la Vía Láctea, ha conducido a lo que nosotros mismos conocemos como *sociedad humana*. Y por supuesto, estábamos hablando de nosotros –lo seres humanos– como expresiones tangibles de la Vida. De nuestra capacidad de *homeostasis* o de *autorregulación*, que se expresa en nuestro sistema inmunológico, y que funciona de la misma manera como lo hace el sistema inmunológico de la Tierra: la esencia de la Biosfera y de su propia *homeostasis*.

Si la gestión del riesgo –la *gestión radical del riesgo (GRR...)*– quiere abordar de veras las razones por las cuales cada vez en el mundo hay más desastres, y si quiere convertirse en una herramienta para contribuir a la permanencia de la especie humana en este planeta (lo cual quiere decir intervenir sobre las causas de los riesgos que se convierten en desastres), necesariamente deberá retomar esas preguntas esenciales que nos venimos formulando los seres humanos desde que tenemos conciencia de existir: ¿Qué somos? ¿Quiénes somos? ¿Por qué y para qué nos encontramos en la Tierra?

Si los protocolos de la muerte han seguido su curso, el cuerpo de Ana Sancho hoy ya debe estar disperso en el suelo, en el viento, o a lo mejor en el agua del océano. Y su espíritu está disperso en quienes compartimos con ella un trozo largo o –como en mi caso– corto, de su paso por la Tierra. Está presente en esa conversación que hoy evoco y en esas preguntas que siguen inquietando a la humanidad y que todavía no tienen respuesta.

2. Nuestro “orden” generador de entropía

¿Qué somos? ¿Quiénes somos?

Hoy, por razones filosóficas y además eminentemente prácticas, tenemos el reto de encontrar esas respuestas a la luz de nuestra existencia en territorios concretos, que van desde los territorios locales a los cuales pertenecemos, hasta ese gran territorio concreto que es la Tierra.

Lo cual nos obliga a explicitar otra pregunta: ¿Qué significa hoy existir en esos territorios concretos?

Y en términos de gestión del riesgo: ¿Cómo formar parte del *sistema inmunológico* del territorio y de la Tierra como factores constructores de resiliencia, en lugar de constituir amenazas que activan y que deben ser eliminadas por ese mismo sistema inmunológico?

Vamos a juntar algunas reflexiones que nos permitan avanzar en el camino hacia esas elusivas respuestas.

Personalmente invertí mucho tiempo en tratar de entender por mí mismo lo que otros ya habían entendido muy bien desde hacía muchos años: que la **entropía** es la medida de la desorganización de un sistema.

Entendí, por ejemplo, que cuando alguien barre su casa por las mañanas, está estableciendo un desequilibrio dinámico que determina que todo el “mugre” quede afuera y que todo “lo limpio” quede adentro. A lo largo del día y de la noche anterior, la entropía se ha ido apoderando de la casa, en forma de polvo que se posa sobre pisos y muebles. La escoba es una herramienta que sirve para expulsar la entropía de la casa y para imponer en ella **nuestro orden**, que se refleja en nuestro concepto de limpieza.

En una escala menos doméstica nos encontramos nada menos que el Sol, otro “instrumento” que permite romper ese equilibrio, que en el campo de la termodinámica equivale a un sinónimo de muerte.

Cuando el Sol evapora el agua que se encuentra en los niveles topográficos bajos y la devuelve en forma de lluvia a los niveles más altos, establece un desequilibrio equivalente al que existe entre el polo positivo y el polo negativo de una pila “cargada”, el cual le permite, tanto al agua como a la pila, generar electricidad.

Desde ese mismo punto de vista, en cambio, un lago equivale a una pila “descargada”, en el cual el agua es incapaz de generar energía, sencillamente porque no tiene desde dónde ni hacia dónde “caer” y en consecuencia no podría infundirle movimiento a una turbina convencional. Dicen los electricistas que no existe *diferencia de potencial* o *voltaje*.

Con esos mismos conceptos podemos aproximarnos a una definición de la Vida como un proceso permanente de eliminación de entropía desde el organismo individual hacia el medio con el cual mantiene un intercambio permanente de materiales, de energía y de información. El organismo extrae energía del medio, con la cual, precisamente, expulsa entropía y construye su orden interior. Mientras el organismo logre mantener el *desequilibrio dinámico* con el entorno, se mantendrá vivo. Habrá muerto cuando desaparezca esa *diferencia de potencial*.

Creo que hasta allí conservan plena validez esos conceptos.

Lo que no tengo claro es en qué momento ese concepto humano de entropía –que se define por contraste con los conceptos humanos de orden y de organización– comienza a chocar con los conceptos de entropía, de orden y de organización que, en una escala jerárquica mucho mayor, “tiene” y “aplica” la Naturaleza, la Tierra.

En otras palabras, a partir de qué momento lo que para nosotros significa “construir orden” en los sistemas controlados por los seres humanos, se convierte en generación directa o indirecta de entropía en el sistema mayor “Naturaleza”.

Cuando construimos una presa, detenemos el libre flujo de un río, formamos un lago y hacemos que aparezca una caída de agua que antes no existía, estamos construyendo y “cargando” en el territorio una “pila” artificial, capaz de generar energía debido al alto desequilibrio que existe entre el agua en niveles altos y la cota a donde cae.

Esa construcción de “orden humano” en un determinado territorio, sin embargo, está generando entropía en el mismo territorio o en algún otro lugar de este planeta en el cual todos los flujos de materia, de energía y de información se encuentran interconectados.

Toda la entropía que generamos los seres humanos se va acumulando en la Tierra (que tiene una mínima capacidad para “exportarla” hacia el espacio exterior). Como la Tierra es un organismo vivo, por definición posee su propia capacidad de resiliencia, sus propios mecanismos de *homeostasis* o *autorregulación*, que se encargan de establecer su orden interno. Este no es un orden estático, sino un orden cambiante, que depende de las condiciones dentro de las cuales la Tierra tiene que ejercer su capacidad evolutiva-adaptativa.

Libros como “El mundo sin nosotros” de Allan Weisman, nos demuestran que realmente los seres humanos nos hemos convertido en factores generadores de entropía, y que la hipotética “reconquista” del planeta por los procesos de la Vida luego de una imaginaria desaparición de nuestra especie, no constituiría realmente un triunfo de la entropía (expresada en la imagen del “mugre” y de las plantas apoderándose de los edificios “impecables” de las antes “ordenadas” ciudades), sino un triunfo del orden de la Tierra sobre la desorganización humana.

También le he dedicado mucho tiempo a tratar de entender cómo se producen y qué producen los intercambios de energía-entropía cuando, por ejemplo, un terremoto o un huracán generan destrucción en una ciudad o en un pueblo.

En principio uno podría pensar que la energía acumulada (ordenada) en una falla geológica en tensión, se libera (se desordena) invadiendo con una descarga de entropía la región afectada. Lo mismo podría decirse de la energía acumulada en un sistema hidrometeorológico altamente organizado, como es una tormenta tropical, que al liberarse en forma de viento y de lluvia, invade con entropía los territorios que cruza.

Esa entropía invasora se traduce en destrucción de infraestructura, de orden social y de vidas humanas y de otros animales. Desde ese punto de vista los procesos de “reconstrucción” se pueden entender como la expulsión de la entropía con miras al restablecimiento del orden perdido (o en el mejor de los casos, a la construcción de un nuevo orden humano).

¿Pero qué pasa si no interpretamos que la energía acumulada en las fallas geológicas o en los organismos tropicales, de pronto (por alguna razón que no es clara) se convierte en entropía generadora de desorden, sino que es energía que la Naturaleza aplica a la construcción de un nuevo orden en respuesta a la entropía introducida en ese territorio por las actividades humanas?²

(Ejemplos de esa introducción de entropía humana serían la ocupación con fines de vivienda de laderas inestables o de las orillas de ríos y quebradas, o las alteraciones a las líneas costeras y a los cursos de los ríos, la desecación de humedales y la destrucción de manglares).

El caso extremo del cambio climático como reacción de los sistemas concatenados de la Tierra (en especial de los inseparables biosfera-atmósfera-hidrosfera-criosfera) ante la entropía generada por la acumulación de gases de efecto invernadero en la atmósfera, nos aporta mucha más claridad para la reinterpretación de los desastres y nos obliga a redefinir la gestión del riesgo y la adaptación al cambio climático desde nuevos parámetros.

Allan Weisman transcribe en su libro ya citado, al ecólogo Jeremy Jackson cuando le manifiesta la convicción de que “si el planeta pudo recuperarse del Pérmico, podrá recuperarse del hombre.”³

3. Pactos entre nosotros y pactos con la Tierra

² De la misma manera que no se nos ocurre definir como ‘entropía’ a la luz que sale de una linterna de baterías.

³ Página 362 en la edición en castellano (Random House – Debate, Bogotá 2007)

En la esquina norte de América del Sur (Colombia, Ecuador y parte de Venezuela) y en algunas alturas peruanas, existen los **páramos**, extensas formaciones que en algunas cordilleras colombianas pueden iniciarse entre los 3.000 y los 3.600 metros sobre el nivel del mar, que se acercan al borde inferior del cada vez más amenazado territorio de las nieves y que cumplen una importantísima función en términos de regulación de agua debido, entre otros factores, a las características de las plantas que predominan en ellos cuando se encuentran en un estado de conservación adecuado.

Algunas de esas plantas -particularmente los musgos que tapizan gran parte de las superficies de estos ecosistemas- pueden acumular varias veces su propio peso en agua, lo que los convierte en esponjas que absorben el líquido en épocas de lluvia y lo van liberando gradualmente durante periodos secos. Las plantas y los demás componentes del páramo, como la niebla o “lluvia horizontal”, son inseparables entre sí y en conjunto determinan la calidad de ese organismo privilegiado que es el páramo.

La oferta de agua para la región andina colombiana depende en gran medida de los páramos, al contrario de lo que ocurre en otros países andinos, en donde depende especialmente de los deshielos de las altas montañas.

En condiciones “normales”, pero todavía más aún en condiciones de cambio climático, los páramos constituyen ecosistemas estratégicos para los territorios que dependen de ellos para el suministro de agua, lo cual a su vez depende de la calidad de vida de los páramos y de las especies animales y vegetales que los conforman. Y por supuesto, de la calidad de vida de las familias que habitan en los páramos o en sus cercanías, a lo cual nos referiremos con detalle más adelante.

Es decir, que los páramos constituyen un factor de primera importancia en la capacidad de resiliencia de muchos territorios andinos; del *sistema inmunológico* que les permitirá adaptarse dinámicamente para enfrentar los retos del cambio climático (función que hoy cumplen frente a la variabilidad climática).

Un porcentaje muy importante de los páramos colombianos se encuentran claramente deteriorados o amenazados por actividades actuales y potenciales, como la minería, la agricultura legal (particularmente el avance de los cultivos de papa), la ganadería y los cultivos de uso ilícito (amapola).

Permitir la destrucción de los páramos equivale, en el territorio, a permitir el deterioro del *sistema inmunológico* de un ser humano, lo cual lo deja expuesto

ante cualquier amenaza. En el caso de los territorios, a las amenazas procedentes de la variabilidad y del cambio climático.

Desde un punto de vista meramente eco-ético, entendido desde la “ecología profunda”, el mero hecho de existir y de constituir ecosistemas únicos en el planeta, son argumentos suficientes para justificar la conservación de los páramos, es decir, su derecho a existir como lo que son y a evolucionar de acuerdo con su propia naturaleza y sus propias dinámicas.

Ese punto de vista “profundo” no choca en este caso con la ética antropocéntrica, que justifica la conservación de los páramos como necesaria para garantizar la existencia con calidad y dignidad de los seres humanos en territorios más amplios.

En la práctica, sin embargo, la conservación de la estructura ecológica y de la función de los páramos, sí choca con los intereses -a veces de lucro, a veces de mera supervivencia- de quienes habitan en ellos o en sus vecindades inmediatas. De hecho, muchas comunidades indígenas y campesinas consideran la preocupación por los páramos como una amenaza directa contra sus derechos y contra su propia existencia.

¿Cómo hacer compatibles los intereses de esos grupos humanos con los de los territorios que requieren del agua y con los intereses de los páramos mismos?

Esa es una pregunta concreta para la gestión ambiental y para la gestión del riesgo. Aquí es donde adquiere una importancia práctica una redefinición de lo que somos los seres humanos frente a los retos de un territorio concreto y los conflictos que genera una situación determinada.

En Colombia se han venido construyendo, desde hace muchos años, por parte de la sociedad civil en conjunto con el Estado, experiencias exitosas de conservación de zonas protegidas “con la gente”, no con exclusión de ella. Las lecciones aprendidas en esas experiencias resultan aplicables para hacer viable un futuro “sostenible” de los páramos, incluyendo aquellas que tienen que ver con la transformación de los conflictos, lo cual se vuelve de principal importancia para un país que lleva más de 50 años en guerra.

Normalmente los seres humanos nos asentamos o nos relacionamos con un ecosistema –o en términos más amplios: con un territorio- cuando éste nos ofrece una serie de recursos y/o de servicios que requerimos para sacar adelante nuestro concepto de desarrollo. Y para obtener esos recursos y/o servicios, les

imponemos nuestro orden. Lo cual, la mayoría de las veces y en términos prácticos, quiere decir que los estamos llenando de entropía: los *enfermamos*.

A veces la capacidad natural de resiliencia del ecosistema –su *sistema inmunológico*– produce una respuesta directa, que en el corto, mediano o largo plazo puede generar un desastre. Tal es el caso de la inundación o del deslizamiento que tiene como causa el manejo inapropiado de una cuenca hidrográfica, la deforestación de sus laderas, la ocupación de las zonas que el río tiene reservadas para su expansión en temporada de lluvias.

Otras veces esa respuesta solamente se produce de manera indirecta y como resultado de la “acumulación de entropías” en distintos territorios. Este es el caso de los desastres producidos por manifestaciones de la variabilidad climática (como las relacionadas con ENOS) o del cambio climático.

Volvamos al ejemplo de los páramos colombianos y a la prioridad de conservarlos “con la gente”. El ideal es que la gente que ya habita en los páramos o en las zonas aledañas que también cumplen una función importante para la conservación de los mismos, no tengan que reubicarse en otros lugares. En otras palabras, es necesario que salga la actividad generadora de entropía, no necesariamente quien hoy la ejecuta.

Pero la posición de quien ocupa y explota un ecosistema estratégico y que utiliza ese ecosistema como recurso, debe transformarse totalmente de acuerdo con la siguiente premisa: **“Yo puedo permanecer en este ecosistema en la medida en que yo y las actividades que yo llevo a cabo, nos convirtamos en recursos y servicios para el ecosistemas, no viceversa”**.

Esto quiere decir: en recursos y servicios que le faciliten al ecosistema ser lo que es, cumplir la función para la cual, a lo largo de millones de años de evolución, lo “diseñó” la naturaleza.

Esto nos obliga a las sociedades humanas a descubrir y a poner en marcha una gama muy amplia de actividades que, de manera simultánea, nos permitan a los seres humanos ponernos al servicio de los ecosistemas y al mismo tiempo generar calidad integral de vida para nosotros mismos y para nuestras familias y comunidades.

Mal se les puede exigir a unos grupos humanos que se sacrifiquen, que sacrifiquen su calidad de vida y su acceso a las oportunidades, a cambio de que

otros grupos puedan seguir disfrutando y muchas veces malgastando los recursos y servicios que ofrecen los ecosistemas en donde habitan los primeros.

Como muy seguramente no todas las personas que hoy habitan en los páramos van a poder transformar las actividades productivas que hoy llevan a cabo, debido a lo cual tendrán que reubicarse, será necesario crear las condiciones para que esas personas puedan trasladarse, junto con sus actividades y familias, a territorios en donde el ejercicio de las mismas no afecte de manera grave su capacidad de resiliencia... o donde no la active dando lugar a que ocurran desastres. Esto es, a tierras de vocación agrícola, ganadera o minera.

Y para que eso sea posible, será necesario establecer una serie de pactos entre actores y sectores sociales que, teniendo como marco orientador los intereses de la Tierra (aquí es donde la visión de la “ecología profunda” adquiere especial importancia), le permitan a cada grupo humano “alinearse” o “asociarse” con la capacidad de resiliencia del planeta, en lugar de convertirse en su blanco.

Recordemos esos rompecabezas planos, de 15 fichas que se mueven en un marco de 16 casillas, y que una a una van cambiando de lugar hasta ordenar los números dibujados en las fichas o formar una figura predeterminada.

De la misma manera, la forma como está organizada la tenencia de la tierra deberá transformarse, de manera que quienes tradicionalmente han llevado a cabo, en ecosistemas estratégicos, actividades no compatibles con la integridad y diversidad de los mismos, puedan acceder a tierras de vocación productiva. Y que quienes deban ceder espacios para que esa movilización social y económica resulte posible, puedan encontrar sus propios nichos en actividades y lugares desde donde también contribuyan a la reorganización de nuestro papel en el planeta (a partir de la reorganización en cada territorio concreto).

Eso tiene un nombre conocido: reforma agraria. En este caso se trata de una reforma agraria exigida no solamente por los sectores económicamente menos favorecidos de las sociedades humanas, sino además por la Tierra. Debe convertirse en un propósito colectivo por el derecho a la tierra y por los Derechos de la Tierra.

Es muy importante construir discursos compartidos que permitan que quien “se mueva” un espacio en el marco de ese complejo rompecabezas, no considere ese movimiento como un sacrificio o como una renuncia, sino como una **inversión de Vida** en beneficio de los nuevos pactos entre nuestra especie y el planeta. Pactos sin los cuales resulta poco probable nuestra supervivencia en la Tierra.

La ventaja frente a lo que ocurría en el pasado, es que esta vez la Tierra, claramente, ha dejado de ser o de parecer un escenario pasivo sobre el cual se representaban las comedias y las tragedias humanas, para convertirse en un **actor activo**, que cada vez habla de manera más contundente y más clara, y que tiene claras intenciones de asumir la Dirección de la obra.

4. Nuestra sanación, la sanación del territorio

Tras su liberación de los campos de concentración nazis en 1945, el siquiatra vienés Viktor Frankl creó la **logoterapia** –una forma de terapia basada en la *voluntad de sentido*- conocida también como la “tercera escuela” de sicoterapia. La “primera escuela” liderada por Sigmund Freud se basa en la *voluntad de placer* y la “segunda”, de Alfred Adler, en la *voluntad de poder*. Personalmente no creo que la aproximación de Adler invalide esas otras dos *voluntades*, sino que aborda desde otra óptica las complejidades de las vivencias y los dramas humanos.

Quizás la frase más popular de Frankl y una de las que mejor resume su pensamiento, es la respuesta que les daba a quienes, en el campo de concentración, se preguntaban si iban a sobrevivir, porque de lo contrario todo ese sufrimiento carecía de sentido. Frankl se preguntaba en cambio si todo ese sufrimiento tendría algún sentido, porque de lo contrario sobrevivir no valía la pena.

De alguna manera las reflexiones que realizamos en el punto anterior (particularmente sobre la entropía y los desastres) avanzan hacia la propuesta de entender la gestión del riesgo como una forma de logoterapia, encaminada a dotarnos a los seres humanos –a quienes formamos parte de un territorio concreto en crisis o a quienes intervenimos desde afuera- de herramientas que nos permitan dilucidar el sentido de esa crisis y a intervenir constructivamente sobre sus efectos y sus causas.

A través de este ejercicio colectivo esperamos contribuir al proceso de sanación – o mejor: de autosanación- del territorio, siempre sobre la base de que cuando hablamos de territorio nos referimos simultáneamente a los ecosistemas y a los seres humanos.

El descubrimiento –que en muchos casos es la construcción- del sentido de las crisis que atraviesan y que prospectivamente se espera que atravesarán los territorios concretos, debe realizarse necesariamente con visión planetaria, por supuesto si se trata de crisis globales como las que se derivan del cambio climático, pero también cuando sus causas y sus efectos son más localizados. Por

múltiples razones, cada vez están siendo más evidentes las interconexiones entre los distintos procesos que ocurren en la Tierra: interconexiones que unas veces son directas, otras indirectas, otras *de significado*.

Entre la última semana de septiembre y la primera de octubre de 2009, por ejemplo, se presentaron en la Tierra dos grandes terremotos (con sus correspondientes enjambres de réplicas) en Samoa (8°R) y en Sumatra (7.9°R), entre los cuales no existió una relación directa de causa efecto, más allá de que ambos constituyen expresiones de la dinámica de las placas tectónicas en el llamado Cinturón de Fuego del Pacífico. Por esos mismos días dos enormes tifones –Parma y Melor- causaron muerte y destrucción en las Filipinas y en el Mar de la China, regiones que una semana atrás habían sido visitadas por el tifón Ketsana.

Simultáneamente se registraban grandes incendios en California (Estados Unidos) y en otros lugares del mundo, incluyendo Colombia. En nuestro caso las causas se atribuyen a los incrementos de temperatura y a la reducción de lluvias que provoca el fenómeno de El Niño. Cuando esto se escribe, en Colombia se encuentran quemadas varias decenas de miles de hectáreas de bosques, y el suministro de agua para un porcentaje importante de habitantes del país se encuentra amenazado por la falta de lluvia. A finales de 2008 y principios de 2009, 82 municipios de 24 departamentos del país (algunos de los cuales hoy sufren por la sequía) se encontraban literalmente bajo el agua.

Por supuesto no existe una relación “geológica” que vincule en términos de causa efecto a los grandes terremotos del Pacífico con los enormes tifones del Mar de la China ni con el fenómeno de El Niño y sus efectos sobre el continente americano (aunque sí existe relación entre la presencia de El Niño y la ausencia relativa de huracanes en el Caribe. Los expertos nos dirán si estos últimos fenómenos han incidido en los tifones del Pacífico).

Pero sí existe una relación “filosófica, o más exactamente “teleológica”: relacionada con lo que Aristóteles llamaba las *causas finales*.

La conclusión que podemos derivar de esta relación incompleta de fenómenos que generaron en el mundo grandes, medianos y pequeños desastres en tan corto periodo de tiempo, es que o la Naturaleza está expresándose cada vez con mayor contundencia, o que los seres humanos cada vez estamos siendo más incapaces para convivir con las dinámicas naturales. En algunos casos (el de las dinámicas hidrometeorológicas), seguramente la conjunción correcta es “y”. Es decir, que la

Naturaleza está incrementando sus dinámicas y que las comunidades humanas estamos cada vez más inadaptadas.

5. “Crisis: la ausencia de mitos”

El pensamiento predominante (¿industrial? – ¿occidental? – ¿neoliberal?) en su arrogancia, ha convertido la palabra **mito** en sinónimo de error, de ignorancia y de mentira, posiblemente con el propósito presentar sus propios mitos como verdades únicas y comprobadas.

El modelo ideológico y de desarrollo que hoy domina al planeta –el mito del crecimiento indefinido- resultó eficaz frente a una determinada concepción del mundo y del papel de los seres humanos en el mundo; una concepción que hunde sus raíces remotas en el mito bíblico según el cual Dios creó a unos seres humanos a su imagen y semejanza, desconectados del resto de la Tierra y con el claro propósito de dominar la Naturaleza.

Con frecuencia oímos hablar hoy de que es necesario tomar medidas urgentes para “salvar al planeta”, cuando lo cierto es que el planeta se salva por sí solo sin problema, haciendo uso de su capacidad de resiliencia. Lo que sí resulta inevitable y urgente, es tomar medidas que nos permitan a los integrantes de la especie humana seguir formando parte de la Tierra.

Muchas transformaciones políticas, sociales, económicas y tecnológicas son necesarias, pero no suficientes. La política, la economía, la ciencia, la tecnología, y en general la vida social en todas sus dimensiones, forman parte de un universo más amplio, que es la ideología.

El reto de lo que aquí hemos llamado “gestión profunda del riesgo” es contribuir a la construcción de mitos que le otorguen nuevos sentidos a la existencia humana en estrecha interdependencia con la Naturaleza y sus dinámicas. En gran medida no se trata de la “invención” de nuevos mitos, sino del redescubrimiento de antiguos mitos desterrados y su actualización frente a las realidades que hoy afectan las posibilidades de supervivencia de nuestra especie en el planeta.

Existen enormes coincidencias entre los mitos ancestrales surgidos de culturas que a lo largo de los siglos crecieron en estrecha relación con la Naturaleza en los distintos puntos cardinales de la Tierra, al igual que existen enfoques comunes entre esos mitos y nuevos paradigmas científicos, como las teorías de sistemas y del caos.

La diferencia entre el mito y el conocimiento científico, es que el primero nos compromete vital e integralmente, más allá de eso que hoy conocemos como el “pensamiento racional”.

Según Thomas Mann, “el mito es el cimiento de la vida; es el esquema eterno, la fórmula sagrada de acuerdo con la cual la vida se construye a sí misma.”

Los mitos construyen identidad y construyen sentido, y la identidad, según la hemos descrito en otros escenarios, puede entenderse como “el sentido del territorio” en las dos acepciones de la palabra “sentido”: del verbo sentir y de significado.

Así como Allan Watts afirma que “el subconsciente es el cuerpo”, así nosotros podemos considerar que los seres humanos somos la consciencia y el subconsciente del territorio... y que nuestro subconsciente yace en el territorio. Conciencia, subconsciente y territorio deben sanarse mutua y simultáneamente a través de esos mitos renovadores a cuya construcción estamos convocando, lo cual nos conduce nuevamente a la comprensión de la gestión del riesgo como una forma de logoterapia.

Hace algunos años propuse la palabra “senestesia” (con “s”) para referirnos al “sentido de ser”, en las dos acepciones que un par de párrafos arriba le otorgamos a la palabra “sentido”: del verbo sentir (“yo siento que yo soy”) y de significado (“qué significa mi existencia”).

En cuanto a la primera acepción, ya existe en el diccionario la palabra “cenestesia” (con “c”), que se define como la “sensación general de la existencia del propio cuerpo, independiente de los sentidos, y resultante de la síntesis de las sensaciones simultáneas y sin localizar, de los diferentes órganos y singularmente los abdominales y torácicos.”

En cuanto a la segunda acepción, que se pregunta sobre el significado de la existencia, pues existe la filosofía. O la teología, si nos acercamos a ella desde un enfoque panteísta y pagano (de la raíz latina *pagus*, que quiere decir “campo”).

La propuesta de la senestecia (con “s”) es juntar en una sola palabra y en una sola vivencia lo que en inglés se denominaría “**the feeling of being**” y “**the meaning of being**”. Y permitir, a través del mito compartido, que el significado (meaning) también se pueda descubrir, crear y percibir a través de los sentidos. Así por ejemplo, si nos aproximamos a la llamada **gestión correctiva y prospectiva del**

riesgo⁴, cuyo objetivo, respectivamente, es intervenir sobre los factores de riesgo ya existentes con el fin de reducirlos y evitar que se conviertan en desastres, y en el segundo caso evitar que hacia el futuro se construyan nuevos factores de riesgo, es necesario que seamos capaces de entender y de sentir que los seres humanos formamos parte de territorios concretos, y desarrollar nuestra capacidad para comunicarnos integralmente con esos territorio, con el objeto de reconocer sus dinámicas, identificar sus “intereses” y su “manera de pensar”, y respetar sus derechos.

Y en el caso de la llamada **gestión reactiva del riesgo**, cuyo objetivo es fortalecer la capacidad de preparación y de respuesta adecuada de las comunidades para el caso de que ocurra un desastre que no haya podido evitarse, resulta necesario que seamos capaces de entender el sentido trascendente del desastre, comprender por qué el territorio que antes nos ofrecía seguridad, súbitamente se convierte en “enemigo” y asumir nuestras responsabilidades y desarrollar nuestras posibilidades frente a la situación que el desastre plantea.

La gestión del riesgo, entonces, se convierte en alquimia, mediante la cual, a medida que los seres humanos intervenimos para transformar el territorio, nos vamos transformando a nosotros mismos en lo más profundo de nuestra conciencia y de nuestra concepción del universo.

Si queremos permanecer en este planeta, esa transformación profunda es necesaria e incluye encontrarles nuevos sentidos a palabras y a vivencias como *felicidad* y como *éxito*. Vamos a tener que renunciar a muchos de los elementos y “logros” que hoy constituyen, precisamente, las metas y los indicadores de la felicidad y del éxito, y debemos ser capaces de saber y de sentir que esas renunciaciones no constituyen sacrificios y derrotas sino, como dijimos arriba, **inversiones de Vida** tendientes a lograr que exista un futuro posible para nuestra especie humana en el planeta Tierra.

Bogotá, Enero 7 de 2010

⁴ Estas definiciones propuestas por Allan Lavell se desarrollaron y adoptaron en el PREDECAN (Proyecto de apoyo a la prevención de desastres en la comunidad andina)